

Raúl Silva Castro

La última novela de Joaquín Edwards

ENTRE los escritores chilenos, tan apegados al terruño, casi todos ajenos al ajetreo de los viajes por tierras extrañas, salvo aquellos que, por razón de sus ocupaciones no literarias, han debido recorrer algunos países extranjeros, el caso de Joaquín Edwards Bello es curioso. Edwards Bello es un escritor viajero. Muy joven aún, ya conocía el viejo mundo y lo más importante del nuevo, y más tarde nuevos viajes lo han hecho atravesar varias veces el Atlántico. Algunos de sus afectos más profundos, las *afinidades electivas*, más poderosas que las impuestas por el azar de la sangre, tienen su raigambre en Europa. Esto ha hecho al escritor amar con singular entusiasmo esa especial cultura de la gente europea, nacida en una civilización vieja de siglos y dotada, por tanto, de un pulimiento interno de que no tienen noticias las bastas humanidades de este continente. A este género de cultura inaprendida se ha referido muchas veces el escritor chileno en sus artículos periodísticos. Con mucha razón juzga que es deber esencial nuestro procurar la formación de una cultura así en este suelo. Y con no menos razón afirma que el nacimiento de ella no es sólo cuestión de tiempo, como opinan los que no quieren ni esa ni ninguna otra cultura.

Ahora bien, los viajes ¿han hecho bien o mal al espíritu de Joaquín Edwards Bello? En términos generales, es innegable que

cualquier viaje hace bien a todo hombre. Posiblemente aumente su fatuidad el conocer algo más que el poblacho tendido a la sombra del campanario. Pero el viaje coloca en el espíritu del viajero una levadura de inquietud que tiene como fin último el progreso de la sociedad en torno. El viajero ve en el viejo mundo todo lo que no halla en el nuevo: tolerancia, amor intelectual, respeto a la inteligencia, comprensión y, por tanto, perdón mutuo, sentido estético afinado por los siglos, alegría, etc. Y es natural que desee encontrar, en término más o menos breve, iguales cualidades en su país. Por la falta de ellas la vida tiene en él una aspereza, una desarmonía que es característica de las sociedades de formación incompleta.

En lo que se refiere a la visión genérica de la sociedad chilena, los viajes han hecho mucho bien a Joaquín Edwards. Prueba de ello son sus artículos periodísticos. Ellos redimen en parte de su inmensa vulgaridad a nuestra prensa diaria, donde tienen más importancia un *shoot* afortunado en el *football* que un descubrimiento científico o que la producción de una obra de arte. Es curioso que la prensa chilena, sin haber alcanzado el perfeccionamiento técnico de la extranjera tenga, en cambio, todos sus defectos y ninguna o casi ninguna de sus virtudes.

Un artículo de Joaquín Edwards es, por lo común, una ventana abierta a un mundo futuro. Su panorama de la vida chilena es tan distinto del que ven nuestros ojos, que es preciso confesar que sólo un inquebrantable optimismo puede mantener viva en el autor la fe en la realización de tantos ideales. Pero ese optimismo tiene también sus caídas, y no podría ser de otro modo. Muchas veces la tinta del escritor está ácida de emoción y de inquietud. Un alma sensible se advierte en el periodista a quien la realidad acorrala y tiende a destrozar. Hay más en él. El calor de su tono, semejante al de una prédica cordial, a veces plañidera, ya indignada o desdeñosa, impide ejercer una severa fiscalización crítica en tales trabajos. El estilo periodístico no se distingue en parte alguna, y en Chile no se hacen excepciones de ese género, por su esmero ni elegancia. ¿Por qué los artículos de Joaquín Edwards iban a ser más pulcros que los

de otros periodistas? Por lo demás, el diario se lee en la mañana, y a la tarde ya está olvidado. A las pocas horas de leído mueren las impresiones y sensaciones más directas que pudiera haber provocado su lectura. De todo ello queda algo como la esencia, lo más sutil, tan sutil en ocasiones que parece ser un sueño de fragancia; algo como el vaho oloroso que despiden las hojas impresas minutos antes. No el mayor o menor valor literario de las frases; de ninguna manera la lección—positiva o negativa—de sintaxis o de estilo.

En lo que se refiere al manejo de la lengua, no cabe duda que los viajes han hecho mucho mal a este escritor de tantas condiciones nativas. El habla cosmopolita de los vapores y hoteles, y la conversación y hasta la escritura de cartas en francés e inglés, han impregnado su estilo de rumor de muelles y estaciones. Piense el autor en lo que diría su ilustre bisabuelo don Andrés Bello, primer tratadista científico de gramática en lengua castellana, si leyera una sola de sus páginas. Hay en ellas tantos galicismos de construcción, de pensamiento y de palabra, tantos solecismos y barbarismos intolerables, tantos chilenismos plebeyos y, a veces, desagradables, que cualquier crítico, por poco purista que sea, los tachará de efectivos tropiezos literarios. No somos extraordinariamente exigentes en materia de corrección literaria. En país como Chile, desprovisto por más de treinta años de estudios humanísticos dignos de tal nombre, no se puede pedir mayor corrección que la del común de los escritores nacionales. Y si se piensa que en la mayoría de los demás países americanos la literatura anda aún más decaída en materia de gramática y de propiedad lingüística, el consuelo sigue a la lectura de la mayor aberración sintáctica cometida entre nosotros. La corrección gramatical nos parece una cualidad negativa, no positiva. En efecto, un escritor puede escribir con mucha fluidez y con casticismo apreciable, pero si dice tonterías, es lógico confesar que nos encontramos ante un mal escritor. La corrección no le salva del peor juicio que puede merecer un escritor: que su lectura no interese. Otro, en cambio, podrá empedrar su frase de todo género de defectos, pero si lo que

dice es interesante, tiene ganada por lo menos la mitad de su causa. Es inevitable que lo tengamos que leer, tal vez con desagrado del oído, por sus incorrecciones, pero sin duda con provecho y hasta posiblemente con admiración.

Hay, sí, una tercera categoría: la del escritor—generalmente autodidacto—que comete tantas infracciones contra el buen estilo, contra la gramática, contra la lógica, contra todo, que el valor negativo de su estilo puede pesar tanto, por lo menos, como sus opiniones e ideas. En este caso el juicio vacila en una indecisión singular. Con un poco menos de incorrección, tal escritor sería francamente admirable. Lastrado con menos ideas, perverso de todo punto. Y como no todos los momentos de creación literaria son igualmente afortunados, no es raro que tal escritor nos parezca, ya admirable, ya perverso.

Es el caso del señor Edwards Bello.

* * *

Esencia de sus viajes por España, más aún: de sus largas estancias en tierra española, es la última novela de Joaquín Edwards Bello, «El Chileno en Madrid», recientemente aparecida. ¿Es este libro propiamente una novela? ¿No es más bien un canto lírico encendido de fervoroso amor a la raza española? ¿No es una poética loa a las virtudes familiares, a los vicios y cualidades más excelsos de la gente peninsular? La acción de la novela es poco cuantiosa, y podría reducirse a un cuento de proporciones regulares. Los personajes son relativamente escasos, y, descartados los puramente episódicos, los que no agregan nada sustantivo a la novela y sirven sólo para completar la noción del ambiente o para tejer con ellos fábulas anexas, pueden reducirse a una media docena. Pero así y todo, esta obra place como novela y como novela se lee y se admira. Apenas se concibe que el autor hubiese podido desprender de ella algunas páginas. Todas tienen allí su objeto, unas veces novelesco, otras lírico, episódico las demás.

¿Hasta qué punto es autobiográfica? Difícil es decirlo. El au-

tor ha vivido mucho en España y posiblemente algunos de los lazos que en la madre patria se ha creado el protagonista, sean también los que atan al autor con España. No se explica de otro modo el entusiasmo cordial, la simpatía húmeda y calurosa, el amor de cada momento, la pasión arrebatada y sincerísima que por España rebosa este libro. A cada instante el protagonista habla íntimamente o el autor divaga por su cuenta desarrollando, siempre con delectación, el mismo tema, o dos o tres temas afines. Su españolismo es radical, es medular. Más que el personaje central parece servir de eje al libro este amor a España, presente en cada detalle. El autor ama a España con todos sus defectos; y quién sabe si precisamente porque sabe que los tiene, la ama de tal manera. No se concibe, en efecto, otra forma de aprecio al pueblo español. Imposible parece que al país que nos dió, sin reserva alguna, lo mejor de sus hijos en los días de más alta gloria alcanzada por él, se le quiera con amor tibio, condicional y poco franco. O se le quiere arrebatadamente, o no se le quiere.

El chileno en Madrid es Pedro Wallace Plaza, hijo de padres de ascendencia inglesa y española. Y este Wallace, si es británico por algunas salientes de su espíritu, por su educación social, por su independencia de maneras y de puntos de vista, es profundamente español por todo lo demás. Este solo hecho bastaría para persuadirnos de que nos hallamos, si no ante una novela enteramente autobiográfica, por lo menos ante una obra en que el autor, queriéndolo o no, habla por su cuenta y atribuye a sus personajes sus propios sentimientos, manifestados por lo demás en múltiples ocasiones. Wallace ha vivido en España y ha tenido allí un hijo, abandonado con su madre a los dos años de edad. Vuelto a Chile, Wallace hace fortuna y un día siente la nostalgia de los besos de su hijo y de la presencia de su madre, y aunque desde su vuelta a la patria no ha tenido noticia alguna de ellos, confía en hallarlos. En su viaje a España, Wallace se aloja en una pensión humildísima, en que conviven un cura y un carterista («punga») junto a la hija de la dueña de casa, Carmencita, linda y fresca muchacha

que recuerda a Wallace a su Dolores tanto tiempo perdida. Mediante este expediente, el autor nos presenta un Madrid de barrios bajos, sombrío tal vez por los recursos aviesos de que echa mano para vivir, pero brillantísimo y jugoso de todo lo que España llama, con expresiones irremplazables, *majeza* y *trapío*. Y esta pintura es, sin duda, lo mejor del libro.

Las novelas madrileñas que habíamos leído tocaban por lo general con despego el mundo humilde, que vive en la sombra y lucha con la vida como el torero en la arena. Sólo Pío Baroja había dedicado una trilogía entera, «La lucha por la vida», y algunos fragmentos desperdigados en muchos libros, a esta parte de la vida madrileña. Pérez Galdós, también dibujó cuadros madrileños de la vida cochambrosa con el vigor y energía que fueron sus inseparables auxiliares. Hay, en el fondo, cierto parecido entre las obras de Baroja y este «Chileno en Madrid» tan robusto y tan personal. Hay, por lo pronto, el parecido de la materia. Ambos escritores buscan los mismos tipos, un poco al margen de la sociedad común y a veces en abierta pugna con sus normas orgánicas. Pero, en lo que más vale en una obra literaria, en el estilo y la cantidad de simpatía que el autor ha puesto al crear sus personajes y, luego, al moverlos en el tablado de su obra, Baroja y Edwards Bello se apartan decididamente. La sequedad vasca de Baroja está muy lejos de la exuberancia y lozanía de Edwards Bello, que todo lo mira con simpatía y todo lo disculpa con una sonrisa. Si la novela es tan autobiográfica como hemos supuesto, no se sentirá el autor denostado si atribuimos a su semitismo esa efervescencia lírica que convierte su libro más en un poema que en una novela. Baroja mira ceñudamente la realidad y la transcribe sin fuego. Edwards Bello la contempla arrobado, embelesado, casi extático, y la refleja deformada en mil aspectos que convergen a darle brillo y atracción. No es, pues, una diferencia de rango la que hay entre los dos novelistas, aunque seguramente una dosis más que mediana de lirismo estorbe, en toda novela, la marcha puramente novelesca del libro. Es una

diferencia de sensibilidad, que no amengua el valor de ninguno de los dos en beneficio del otro.

Hay dos libros a los cuales puede compararse, con más seguridad de dar idea de su contenido, este de nuestro compatriota. Es el primero, cronológicamente, «El embrujo de Sevilla», de Carlos Reyles, escritor uruguayo. Pocos libros americanos han logrado éxito comparable al de éste en España. Sevilla exuda allí su agria sensualidad hecha de danza y de religión. Todo el libro es, como el de Joaquín Edwards para Madrid, un canto a la ciudad andaluza. La majeza vive con tan fuertes pulsos en Sevilla como en Madrid, y posiblemente con la complicidad del sol, que si está enamorado de España—como dice Edwards Bello—prefiere Sevilla a Madrid, alcanza su máximo esplendor, el zenit de su gloria en la capital de Andalucía. En suma, «El embrujo de Sevilla» y «El chileno en Madrid» se completan, y si éste no alcanza en España el éxito que ha conseguido el primero, ello se deberá, principalmente, al estilo, de que luego hablaremos.

El segundo libro que se puede relacionar con «El chileno en Madrid» es obra de un norte-americano, Waldo Frank, y se titula «España virgen». Dicen que Waldo Frank es de origen judío, y algunos párrafos de su obra convencen de la veracidad de esta información. Se necesita tener algo de oriental en el alma y descender de quienes vivieron siglos en España, país que llegaron a considerar tan gustoso como la misma tierra prometida, para sentir por España entusiasmo como el de Frank. Más aún: para entender de manera tan genial, tan decisiva, el espíritu español y sus vicisitudes de centurias. Waldo Frank puede jactarse de haber llegado, en su inquisición del alma española, a donde no llegó ninguno de los extranjeros que han visitado España. Desde las alturas de «España virgen» se miran con desdén las aproximaciones, convencionales y hasta ridículas, de cuantos fueron a España con ojos de espía y escribieron luego cosas sin alma, en que posiblemente haya parecido externo con el modelo, pero no esa comprensión íntima que se respira en la atmósfera del libro de Frank. Y este libro es tam-

bién un canto a España. Épico y marcial cuando lo inspiran sus días de gloria. Fúnebre, aunque no desprovisto de esperanzas, cuando mira a la decadencia de ayer y de hoy.

Pues bien, más de uno de los capítulos de «El chileno en Madrid» recuerda vagamente el espíritu de «España virgen»*. No de esa manera obstinadamente fiel del repetidor o del rapsodista sin aliento propio, sino con el inevitable parecido de libros que tratan temas idénticos y han sido escritos por hombres que, en cierta manera, podemos considerar fraguados de modo similar y dotados, por tanto, de espíritus vinculados por estrechos parentescos.

Para quien haya leído los libros de Reyles y de Frank, «El chileno en Madrid» puede ser filiado con precisión absoluta. Es, en efecto, un libro inspirado por el amor a España; no por un amor condicional y aleatorio, como ya hemos dicho, sino por un amor rendido y formidable, amor familiar, amor de casta, pasión desatada que convierte en motivos de cariño hasta los defectos y, si es necesario, ama en el objeto preferido, España en este caso, las mismas virtudes que en otro pueblo consideraría vicios o deformidades. Y este acto de amor a España, ¿cómo podría ser desdeñado en la propia tierra que lo inspiró? No parece posible. Hay, sin embargo, en «El chileno en Madrid» algunos detalles que el criterio español seguramente no dejará pasar sin reproche. Nos referimos al estilo.

Por lo común, el señor Edwards Bello escribe como habla, con fluidez espontánea, sometida al control de un minimum de arte. Escritor de más sentimiento que pensamiento, más entrañable que cerebral, no atiende sino a su humor del instante, al caudal de la inspiración del momento, al hacer sus artículos periodísticos. Hemos dicho ya que esto da a sus trabajos cotidianos una desigualdad curiosísima. «El Chileno en Madrid», como obra de más aliento, tiene sin duda algunas fallas en que se nota el cansancio de la pluma y para las cuales un severo

* V. pág. 119 de «El chileno en Madrid» y pág. 217 de «España virgen»; además pág. 223 y, en seguida, la descripción de Madrid, trozo de los más bellos en el bello libro de Frank.

purista pediría corrección y lima. Lo que no desfallece nunca, a nuestro entender, es la armonía interna, tan poderosa, que cualquier reparo del estilo o de la lengua se anula y contrasta con cualidades de mucho mayor valor.

En este caso se encuentra la descripción del panorama que, a los ojos de doña Paca, la dueña de la pensión, presentaba el continente americano (pág. 44). Otro tanto cabe decir de la risa lujuriosa de un personaje episódico que, «en la pechera sin corbata, quedó como un murciélago en una sábana» (pág. 79). No menos valor tiene un comentario que hace el autor a una frase de don Miguel de Unamuno sobre los vascos chilenos. «Esos vascos desgajados—escribe Edwards Bello (pág. 121)—dieron a la sociedad chilena la aridez espiritual que hace la vida como un *cinematógrafo sin música*». ¿Y qué decir de la acertadísima descripción de los caracteres espirituales de América, y especialmente de Chile, en comparación con los europeos (págs. 157-8)? Pero sería muy largo hacer un recuento de las expresiones felices, de los rasgos animados y brillantes que esmaltan este libro, lleno de aciertos, de la misma manera que otros anteriores del autor estaban erizados de crudos chilenismos, de violaciones inaceptables de la sintaxis, de la lógica y de los más elementales principios de estilo. La esgrima diaria del periodismo posiblemente no dé esa «*musculatura bárbara*» que dió a un médico argentino la esgrima del Jockey Club, pero permite al autor captar cada día un nuevo secreto literario. No precisamente tal vez los más exquisitos, los flaubertianos, los queirozianos, pero sí los que de manera más segura atraviesan la gruesa epidermis del público lector de diarios y se clavan en su cándido corazón. «El chileno en Madrid» conserva algo del calor de improvisación de los artículos periodísticos del autor. Está, en general, mejor escrito que los más esmerados de ellos, pero seguramente, para el paladar español, hecho a expresiones más castizas, tendrá el agridulce de lo no bien sazonado.

Pocas veces el menester de la crítica coloca en la grata obligación de alabar sin reservas, de admirar con entusiasmo.

Cuando llega ese caso, bendecimos el día en que entramos al trato de un libro que de tal modo sacude nuestra sensibilidad. Y el día en que leímos «El chileno en Madrid» no sólo debe ser bendecido sino también calificado de privilegiado. Se nos probó entonces que Chile contaba con un nuevo gran novelista, cuyos progresos en el género causan legítima admiración, y que la lengua española tenía en Edwards Bello un remozador, si extraviado a trechos, plétórico de fuerzas, y de tal modo henchido de las visiones recogidas por su ávida pupila de novelista, que «El chileno en Madrid» nos parece ser sólo la primera en la serie de muchas novelas que quisiéramos ver escribir a Edwards Bello.

Y este deseo, ¿no será también el del autor?